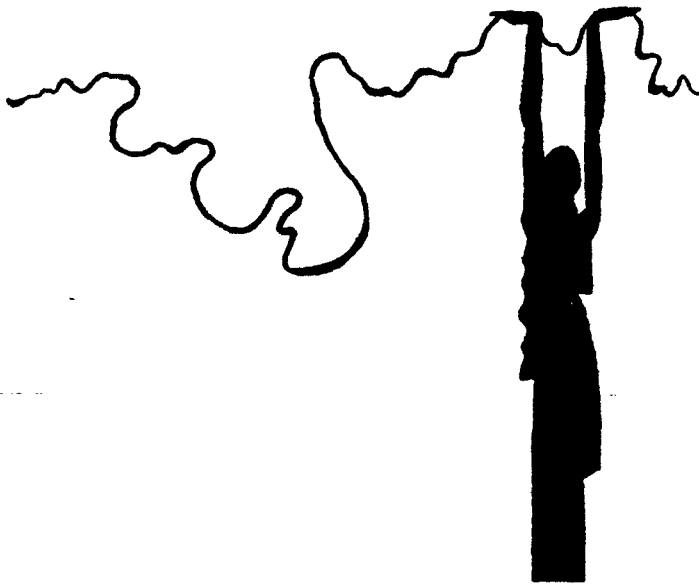

Cuadernos del Matemático
Revista Ilustrada de Creación



Getafe
número 30
Mayo - 2003

ADVERTENCIA

**LOS POEMAS DE LAS PÁGINAS 57 A 63
DE ESTE NÚMERO TREINTA DE
CUADERNOS DEL MATEMÁTICO
PERTENECEN JACINTO RIVERA DE
ROSALES**

JACINTO RIVERA

Nació en Lorca (Murcia) el año 1949. Pasó su infancia y juventud en Extremadura. Comenzó a escribir en Loja (Granada) con la voz del sur. Se licenció en Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid en 1979. Y ahora es Profesor Titular de Filosofía en la UNED. Ha escrito sobre Kant, el Idealismo alemán, el Romanticismo y Calderón. Ha publicado un libro de poemas titulado *La luz de la jornada en Huerga y Fierro* (Madrid, 2000).

I



El álamo,
el precioso álamo verde y azul.
¿Para qué somos, la hoja volada al viento?
Ordenar los párrafos, las conjeturas.

Un verso alado es una flor en la tarde.
¿Para qué somos, si el amor de agosto perderá su eco?
Momento, instante. Serenidad,
las prisas hacen que nunca lleguemos a ninguna parte.
Pero ese álamo, desierto, azul y blanco
en la orilla de mis labios. Yo tenía una flor.
Parado, roto, sin camino ni sendero,
el cuerpo se deshace de tanta prisa sin destino.
Contempla, azul, el mármol dorado de la tarde.
En un instante cabe la eternidad del sin por qué.
Qué luz atronadora,
pies de dioses en un soplo aniquilados,
planta de peregrino, la belleza nos llama.
Sólo cabe la ternura de ser y haber sido,
temblando,
y ese amor de muerte intacta que nos crece por la boca.
Estos versos los diré como quien abre una puerta.
El destino y yo tenemos una cita y de qué hablarnos.
A borbotones expresamos nuestra queja
en la tarde de este álamo roto y azul,
por el hueco hendido de un abrazo en el instante.
Ardor de mares. Serenidad. Destierro.
Tierra sin tierra. Mar sin centro. Todo en el aire sostenido.
Aventura de ser. Corazón desatado. Caballo en bridas.
La mano abierta de la tarde soy y no soy,
y su sonrisa nos espeja un pozo sin fondo desde dentro.

II



La lluvia cae por el jardín de verano
en un silencio que preludia el amor.
Yo estoy desatando geranios, desmenuzando la tierra,
allanando mi corazón de maceta.

Allí voy poniendo mis cosas como quien ordena el paraíso.
 Ya vendrán los días de cuervos. ¿O ya han pasado?
 ¿o tal vez nunca se han ido?
 Cada verso es una escala por donde desciendo hacia mí.
 Mi carbonera dorada, mi arboleda despeinada por el viento.
 Recogeré madroños en esta incertidumbre enraizada,
 o tal vez ataré los pasos, ya detenidos por el dolor.
 Prepararme.
 Ni uno más, no podría ni verlos ni digerirlos.
 Aquí toca pagar cuenta y el resto
 llevarlo a casa como trasto, roto.
 Yo aquí solo, sin ti, como una rosa,
 vela que sólo apoya mi velero por un mar desordenado.
 ¿A quién pudiera vender yo una hora de pensamiento?
 ¿Quién tendría el agua pura de la fuente de la vida?

III



En mi hendido paisaje repasando
 voy la sombra que se alza perseguida
 por mil airados vientos y enseguida
 se derrama y va versos inundando.

La alcanzo a construir de vez en cuando,
 mas pronto su figura pierde vida.
 Ando detrás de mí en estampida
 y yo mismo los pies los voy talando.

Tendré ya que pararme en la cañada
 y apalabrar mi puesto en el camino
 esperando que pase, peregrino,

mi cuerpo con su sombra bien atada.
 Nos pondremos los tres, sin escapada,
 a desenmarañar el desatino.

IV



La tristeza de otoño me baja por el cuerpo,
 y una lluvia de invierno va calando hasta el fondo.
 La muerte avanza, el tiempo reluce como antes de no haber existido.
 ¿Qué hacer en este recodo del sendero para retener la palabra y la figura,
 sino balbucear un instante y pensar que así se ha sido?
 Cubre la noche nuestro paso cansado.
 Sólo nos queda la ternura en la mirada,
 pues si ésta se extingue ¡qué negro lobo roerá nuestros huesos!
 Ni siquiera en su aullido habitará la memoria.
 Qué instante gratuito es el vivir del hombre y sin embargo
 posición de empeño, empresa encaramada, océanos de altos vuelos,
 momento de luz entre dos eternidades.

Escribo

pues mi mano caída en esta pausa tiene horror al silencio,
como si fuera el preludio del eterno olvido,
un agujero que condujera a la nada de mi corazón errante.
Cuando se pisa con el peso de la vida no hay temor a la aventura,
sino que ésta toma la forma exacta del paisaje
y la pregunta es ociosa, seguro el camino.
¿Pero qué hacer cuando el pan se nos llena de negrura,
y no sabemos dónde apoyar el gesto y la mirada?
Quizás el ayuno y esperar el retorno
de esa fuerza que un día nos llenó la sonrisa.
Las gaviotas vendrán, y el mar se posará en mi mano.
En la línea de su orilla veré dibujada tal vez mi canción.

V



al final nos cubrirá el polvo del desierto y del olvido
y dejaremos la parte del ser en el pozo sin fondo de la existencia,
o como un celemín sobre la infinita alacena del tiempo.
Tanto esfuerzo para no ser una mañana de mayo,
o quizás no ser en heladas planicies sin memoria.
Un sarpullido, un gesto, una ridícula pose es el hombre en la palma de un
instante,
y el verso fiel que fluye de su sombra vanamente le alumbra y adormece.
Que crecer es duro, y más menguar y no ser ni siquiera lo sido,
ni saber si fue real lo pasado o el recuerdo.
Soñar la muerte es vivir la vida como un espejo transparente,
donde el peso se diluye y la palabra se pierde.
Ni dura la piedra, ni el imperio se mantiene
aunque millares de botas aprisionen la tierra de senderos.
Sólo nos queda el rayo de luz, el color, la forma de la rosa,
la mirada de un cachorro, la ilusión del alba, el juego inicial,
ligero y liviano, todo fluyente
sin que se nos quede el corazón pegado en alguna esquina del camino,
la gratuidad al fondo, y en el vaso un sorbo de tiempo
que hemos de gozar y ceder como quien va de paso.

VI



Entre mis hojas blancas
nace tu canto,
y tan atentamente
me lo repaso
que con manos de cera
voy modelando
a este duro camino
todo mi llanto.
Y estoy con tanto esmero,
con tal cuidado,
rehaciendo los acentos
desordenados
que entre mis hojas blancas
y entre tus manos
sólo dista esta sangre
que voy rimando.

VII



engo la fontana mía
abierta en canales,
y el agua que aquí os saluda,
labios caminantes,

lleva a más aire pañuelos
y un sabor a mares.

Que yo quedo con el agua,
labios y mareas,
el saludo que a-mar sabe,
que esta fuente abierta
en canales y pañuelos
es ya mi carrera.

VIII

LA TIERRA ES EL CORAZÓN DEL LAGARTO



a Tierra donda redonda
gira mirándose al Sol

y por las noches dormida
le canta versos de amor.

Sé que a la Luna le tiemblan
sus ojos dos de alcanfor
cuando el lagarto la mira
en su gran televisor.

Mueve, la Tierra se mueve,
no lo sabrá el caracol
cuando pasea despacio
soñando ser un dragón.

Lagarto, mira, lagarto,
brilla en tus dedos el Sol,
y esa Lunita que baja
corona a ti el corazón.

IX



spera. Atento.
La vida pasa a mi vera
como un trozo de papel.
Paso dentro, piso dentro,

mi pie sangriento marca
el silente silencio.

Aquí no hay nadie, hay miles.

Aquí no hay grito, el amor.

Aquí quedamente va bajando
hasta el último escalón de la nada: Dios.

(Después de haber puesto
la palabra "Dios", imposible seguir).

X

CONCIERTO 4º DE BRANDENBURGO



soberbia la flauta,
maciza,
afirmándose sobre la orquesta,
sobre praderas, sobre nuestros corazones,
sobre blancos manteles de un día abierto a la luz.
La alegría, el gozo, el amor como un trozo de pan
compartido.

Amaos, ya os lo he dicho,
amaos con las piedras, el huerto sagrado,
el sagrado pecho de la pasión naciente.

Amaos hasta el agotamiento
de unos brazos que amansan la vida
por muslos jóvenes del arte y la mirada.

Amaos tiernamente, hasta que os duela la ternura,
y el beso, y el ala blanca de la paloma feroz,
el peso de la muerte sobre nuestros labios,
sabor a fresa encendida.

Esta música me convoca, me amontona,
me ordena la batalla de la cordura,
la verdadera, la luminosa, la naciente.
En sus tonos, en sus recovecos, en su ida y venida,
en su aire de sauce en primavera.

XI

SOBRE LA FILOSOFÍA Y OTRAS DESESPERANZAS



Tengo que venir, el pozo está abierto,
y un impulso de agua reside sus tinieblas.
Tengo que volver, insistente, como abejas,
desde la roca de mi cerebro
hacia la dulce flor de momentáneos encuentros,
relámpagos de luz, claridades parciales,
linternas abiertas sobre la piedra oscura y húmeda de este pozo,
—Y el tiempo pasa implacable
limitando las flores, la luz,
las zonas conquistadas hacia el agua viva del manantial que le funda—

Vocación de águila, abstracción divina,
 para ver a veces me bajo al bosque,
 paseo sus brisas, sus hojas, sus calores,
 me abandono al gozo y desespero también entre todos sus detalles.
 ¡Quién tuviera dos vidas,
 dos cuerpos de lo grande y lo pequeño!
 ¡Quién una instantánea intuición
 que recorriera sin tiempo lo infinito!
 —Tengo el todo en llaga abierta,
 y el mapa entero de la verdad a la deriva—
 Una cerrazón de frente, presión sentida
 como torpes músculos,
 como manojos de llaves clausurando,
 me confieren la existencia de un muñón,
 las alas caídas, desarmado o ausente
 el ágil salto de puma por entre ideas y neuronas.
 Volveré a mi pozo,
 a la constancia de la sogá,
 a la fidelidad de la encina,
 esperando, quizás, que algún día
 el agua rebase toda, para su contemplación en la llanura.
 Epifanía; allí y entonces estaré en la presencia.

XII



Vengo al otoño desde el otoño pasado,
 y en mi mano un racimo de uvas como oferta.
 Des-hecho, des-airado, des-llovido, des-trozado.
 Una aspereza de tiempo endurecido me consuela,
 me expresa, me extiende por el mundo,
 me libera
 dejándome herido por el monte
 como arbusto, como tronco cortado, como estepa.
 Ya vengo que no vengo viniendo,
 trabucándome el paso y la chaqueta
 y este vino agrio que me dejaron cuando niño,
 para que poco a poco me lo beba. Qué peso la vida, la luz, el amor,
 esta manera
 de estar sobre las cosas,
 fuera.

XIII



Si palabras son bellas
 estas flores lo adornan
 mucho más para ella.

Por si el verso no encaja,
 mis amores retornan
 para hacerla una alhaja,

dada al mil por un ciento
 si en mis vientos y pajas
 me encontrara su acento.

XIV



Buscando tu faz serena vi la mar,
más un velero blanco a donde volar.
Buscando tu tierra me fui más allá,
y un revuelo de olas logréme ahogar.
¡Qué silencio de agua profunda al final!
sólo queda el cuerpo tuyo a navegar!

XV



Fuente al viento cercano
yo te miraba,
y un rumor de sonrisas
me amamantaba.

El rumor del arroyo
tú recorrías,
mis praderas más solas,
mis cercanías.

Un sendero amarillo
de fiel verano
subía los oteros
y los andamios.

Y un remolino verde
de joven luna,
descubría las sombras
inoportunas.

No vamos a la fiesta,
sí a los cerezos,
no queremos mentirnos
con aderezos.

De verde olivo van
por tus caderas
mis esperanzas rojas
y las primeras.

Nada como tus ojos
y tus pupilas
y ese mirar de amante
con que tú miras.

De verso a verso vengo
ya galopando,
y premuras de lino
me van matando.

XVI

ORACIÓN DESESPERADA



Sólo tengo para darte estas dos manos abiertas
y el corazón distendido donde todo cabe,
hasta tu palabra.

Sólo hallo este gesto y un trozo de pan duro
sobre mi sangre a borbotones que consigue
destrozarme la esperanza,

únicamente el paso recto hacia ti como un vuelo
por los tortuosos caminos de la carne donde
lo tengo todo en desacierto!

Y no sé cómo deshacerme de esta ala
que se inclina tanto hacia la muerte
en tu profundo silencio.